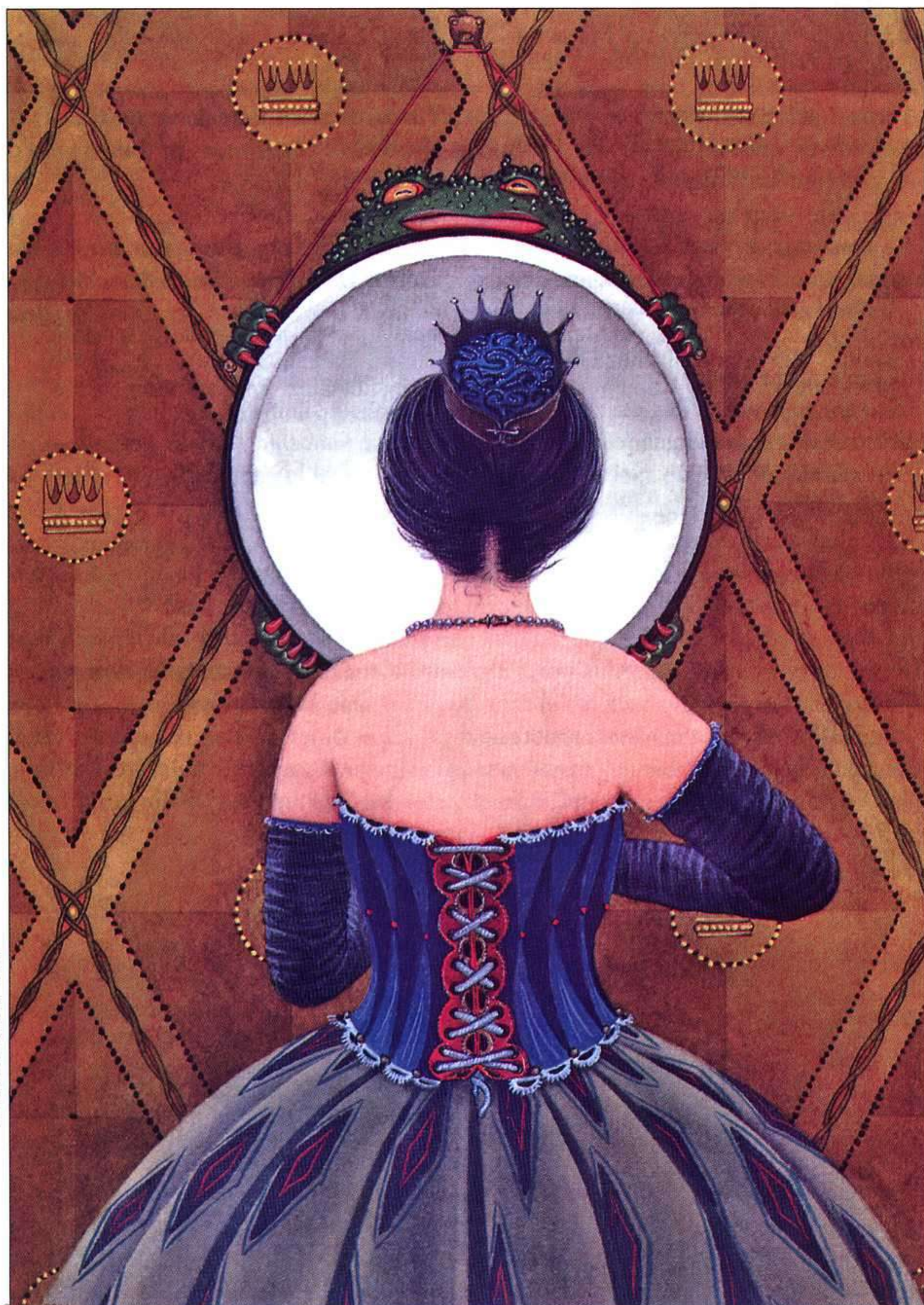


COLABORACIONES

*Blancanieves*

# El camino del horror en busca del destino

**Blanca Álvarez\***



*La inquietante historia de Blancanieves y su madrastra encuentra parte de su explicación en el complejo de Edipo que late en todos nosotros o, expresado de otra forma, en el inevitable y necesario enfrentamiento entre madre e hija para alcanzar la madurez. La madre resulta ser la primera rival a quien imitar y destronar.*



PEP MONTSERRAT, BLANCANIEVES, AURA/CÍRCULO DE LECTORES, 2002.



TOM SCHAMP, BLANCANIEVES, LA GALERA, 1997.

La pasividad del príncipe Hamlet no sólo inquietó al público durante años, también a hombres de pensamiento como Goethe o Coleridge, quienes intentaron explicar la extraña actitud, entre cobarde y meliflua, del personaje. Sin éxito. Fue necesario esperar a que Freud despejara el misterio aludiendo al intrínseco complejo de Edipo que late en todos nosotros: asesinar al asesino de su padre, colocaría, metafóricamente al menos, a la madre en su lecho, algo que trata de retrasar y para ello, retrasa la venganza. Bien, pues la inquietante historia de Blancanieves y su perversa madrastra encuentra parte de su explicación en el mismo complejo. O por mejor decirlo, en el necesario enfrentamiento que ha de darse entre madre e hija para alcanzar la madurez. La madre resulta ser la primera rival, una rival a quien imitar y asesinar al tiempo, puesto que de ella aprenderá el compor-

tamiento erótico para luego destronarla. Los perros en cautividad, es decir, obligados a una convivencia no natural, resuelven el conflicto de una manera más pragmática: mientras la madre conserve su instinto sexual, la hija se mantendrá con el suyo inhibido.

Los hermanos Grimm evitan la parte más escabrosa convirtiendo a la madre en madrastra, y por tanto sujeto de cualquier maldad asumida por los lectores. Muy en su línea, ofrecen al niño lector una realidad pero también un cobijo en el cual soportarla. Es necesario enfrentar la realidad, pero también ofrecer la posibilidad de confrontarla.

### Una lucha contra el tiempo a través del espejo

Podemos dividir la historia en dos partes. En la primera será protagonista

la madrastra, doblemente, ya que es la dueña de la belleza y la actuación erótica y, a la vez, supone un corte decisivo con la segunda parte, donde la protagonista pasa a ser la hijastra. Mientras la madrastra pertenece a los personajes de carácter, es decir, aquellos que actúan para lograr sus fines, aun cuando esos fines o los métodos empleados nos parezcan execrables, la hijastra formará parte de los personajes de destino, es decir, aquellos que se dejan llevar por la historia sin ninguna intervención activa por su parte.

Curiosamente, en casi todos los relatos infantiles, o casi, los personajes que actúan lo hacen porque, de algún modo, no tienen asegurado su lugar en el mundo donde habitan: o bien porque los méritos para su pertenencia son transitorios, como en el caso de nuestra madrastra; bien porque hayan de ganárselo, caso de Pulgarcito y también



ANGELA BARRET, BLANCANIEVES, KÓKINOS, 2007.



PEP MONTSERRAT, BLANCANIEVES, AURA/CÍRCULO DE LECTORES, 2002.

de la Sirenita. Quienes se dejan llevar por las decisiones del destino dan, en cierto modo, a entender, que ellos sí tienen un lugar en el mundo; un lugar del cual pueden estar desplazados por avatares ajenos a sus méritos o a su pertenencia, pero al cual regresarán de manera inexorable. Y el lector, de mimética manera, lo intuye a sabiendas de que el futuro y el final feliz pertenecen a ese personaje y no a los otros. Ciertamente, salvo raras excepciones, como Pulgarcito, casi ningún personaje de carácter logra la felicidad de manera permanente.

La historia comienza con un nacimiento asexual, como en todos los nacimientos principescos en los cuentos: «Ojalá tuviera una hija tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como la madera del marco», desea la reina una tarde de invierno cuando una aguja pincha su dedo y caen tres gotas de sangre. Se cumple el deseo y poco después, la madre muere. El padre, protagonista por omisión, como casi todos los personajes masculinos, vuelve a casarse pasado un año de luto: «El rey volvió a tomar otra espo-

sa. Era una bella mujer, pero tan orgullosa y soberbia que no podía aguantar que nadie la superara en belleza. Tenía un espejito mágico y cuando se colocaba ante él y se miraba decía: “Espejito, espejito...”».

Naturalmente, a la madrastra le preocupa la belleza porque es el arma fundamental para mantener su *status* social; de ella no se infiere, en el texto, un origen principesco, tan sólo se menciona su belleza. En cuanto al espejo, mágico o no, en las más remotas tradiciones orientales se asimila su esencia con el robo de los espíritus. Tal vez por eso, los filósofos del romanticismo llegaron a decir que «las mujeres tienen su alma dentro de los espejos». Cuando menos, nos reconocían la posesión de un alma.

Comienza la rivalidad con la hijastra —ya hemos visto que tales papeles de lazos derivados y no directos, resultarían mejor asimilados por los lectores—; llega cuando la niña cumple 7 años —volvemos a la edad en que los niños son reconocidos como miembros de pleno derecho en la familia— y muestra su futura belleza en todo su aún infantil esplendor: «Blancanieves,

sin embargo, creció y cada vez se volvía más hermosa, y cuando tenía siete años lo era tanto como una mañana de mayo, y superaba en hermosura a la reina».

Tanto que la reina, sin intervención del desaparecido padre de la niña, decide asesinarla: «Llévate a la niña al bosque (propone a un cazador); no quiero verla nunca más ante mis ojos. Mátala y, como prueba, tráeme los pulmones y el hígado».

La reina se come los pulmones y el hígado en la creencia de que pertenecen a la bella hijastra: «El cocinero tuvo que cocerlos con sal y la malvada mujer se los comió».

Esta antropofagia que puede parecernos hoy brutal, fue, durante milenios, práctica común entre los humanos: se devoraba al enemigo, no por maldad, sino con el respeto debido y la intención de apropiarse, vía banquete, de sus virtudes. Además, el sacrificio de los hijos a los dioses para lograr sus favores, estuvo tan extendido que incluso se recoge en la Biblia, cuando Abraham sacrifica a su hijo Isaac; aunque, en el último momento Dios le manda susti-



PEP MONTSERRAT, BLANCANIEVES, AURA/CÍRCULO DE LECTORES, 2002.



ANGELA BARRET, BLANCANIEVES, KÓKINOS, 2007.

tuirlo por un cordero. En realidad, un modo novelado por los rabinos para convencer al pueblo judío de abandonar una práctica heredada de los vecinos pueblos semíticos.

En China, la costumbre, por necesidad de devorar a los recién nacidos en épocas de hambruna, se convirtió en una refinada técnica para combatir el terror al envejecimiento. Un terror que comparte nuestra madrastra, capaz de cualquier acto, malvado, perverso, antinatural o de cualquier tipo, si con él consigue seguir siendo «la más bella ante el espejo». Una película de terror, *Los Dumplings*, del director hongkonés Fruti Chan, unifica la vieja práctica de devorar a los recién nacidos para sobrevivir, con esa otra «necesaria supervivencia» de la eterna juventud en nuestra sociedad: la obsesión por no envejecer lleva a Qing, una hermosa mujer, a buscar los servicios de Mei, sus mágicos «Dumplings», en cuyo relleno utiliza la carne de fetos. El terror aumenta cuando, para que los efectos de semejante antropofagia resulten más eficaces, la carne ha de pertenecer a un feto de cinco meses.

### Zapatos de fuego

Con todo, nuestra madrastra está condenada al fracaso. La belleza es un bien fútil y, al igual que en los culebrones, la victoria y el reconocimiento han de llegar a quien «lo merece por destino». Blancanieves ha de transitar por su propio laberinto, ese territorio de alboroto hormonal, dudas de identidad y caminos difíciles, en este caso el bosque donde le permite seguir viva el cazador, compadecido, cómo no, por su belleza: «Como era tan hermosa, el cazador se compadeció».

Por suerte para la hermosa niña, encuentra cobijo en la casa de siete enanitos. Estos personajes han de cumplir, en el relato, el papel correspondiente al de los padres auténticos, o al menos a la idea políticamente correcta que nos hemos forjado para ellos, pero, para librarlos de cualquier posibilidad erótica, son reducidos a un papel añinado. Los enanos de las leyendas nórdicas habitan en los bosques y tienen un tamaño reducido, pero viven sometidos a las mismas pasiones de los humanos. En este caso, el modo de castrar cualquier emoción lo ponen los autores en el lenguaje que uti-

lizan: «En la casita todo era pequeño, pero tan gracioso y estaba tan limpio que no se puede ni decir...».

Los diminutivos en los nombres y los adjetivos para designar el escenario, sitúan al lector ante siete niños, no ante siete adultos, con lo cual, Blancanieves queda al margen de los peligros que la acechaban bajo la «no protección paterna» y la «persecución» de la madrastra. Entra en el reino de los niños, como Peter Pan, donde los pequeños están a salvo de las maldades adultas. El dialogo-interrogatorio de los diminutos salvadores a la bella niña, es otra obra maestra del rol «inocente» que han de asumir los siete enanos.

Le asignan, entonces, un papel de espera: «Si te quieres ocupar de nuestra casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y tejer, y tenerlo todo en orden y limpio, te puedes quedar con nosotros y no te faltará de nada».

En realidad, lo que cualquier padre asignaría a su hija casadera hasta llegar el momento de entregarla a su destino de adulta. Con un añadido de vigilancia y cuidado con la madrastra que puede fácilmente traducirse por los peligros y



ANGELA BARRET, BLANCANIEVES, KÓKINOS, 2007.

tentaciones eróticas: «Ten cuidado con tu madrastra; pronto sabrá que estás aquí. No dejes entrar a nadie».

La tentación y la «muerte de la infancia» se anuncian en esa visita; tentación a la cual sucumbe, como era de esperar, y, por dos veces; su esperable curiosidad, casi consigue acabar con la niña. Las tentaciones de la madrastra, curioso personaje que carece de nombre propio y se define por su función en la historia, lo cual le concede un protagonismo por «necesidad de actuación», sin independencia personal, se parecen a los «avisos» de los peligros que aguardan en el mundo a los niños, relatados por los padres a través de siniestros personajes que los buscan para robarlos, para arrancarlos de su infancia.

Una manzana envenenada logra, en el tercer intento, el propósito de paralizar el futuro de la heroína. El paralelismo con el fruto bíblico es tan obvio que apenas merece otro comentario. La fruta de

la tentación deja a nuestra bella convertida en otra hermosa durmiente. De nuevo, a la espera del hombre adecuado que habrá de convertirla en esposa, es decir, cumplir con su destino de mujer y esta vez, a salvo también de la propia curiosidad de la niña.

Y la durmiente ha de tener un hábitculo apropiado, que la preserve y, a la vez, la ofrezca en observación a quien habrá de venir: «No podemos meterla en la negra tierra», aseguran los cuidadores. Por lo tanto, «Construyeron un ataúd de vidrio, y con letras doradas escribieron su nombre y que era una princesa. Colocaron el ataúd en la montaña y uno de ellos permanecía allí siempre de guardia.»

Tres apuntes esenciales para la historia: el ataúd-urna de cristal, que protege pero exhibe, colocado en lugar bien visible; el anuncio, en letras de oro, de su alcurnia para que nadie se llame a engaño con la durmiente; la vigilancia protectora del te-

soro, que aguarda al auténtico dueño. Y, naturalmente, aparece el príncipe, quien intenta la compra de la bella: «No la damos por todo el oro del mundo», aseguran los enanos, muy en el papel amoroso de padres tiernos. Sin embargo, están dispuestos a entregarla cuando conocen las intenciones amorosas del príncipe. Los enanitos son, en este momento, y como señala Martín Garzo «Los padres que lloran. Han quedado hechizados por esos príncipes y princesas de otro que son todos los niños, y saben que antes o después, tendrán que dejarles partir».

Éste debería ser el final definitivo de la presente historia, pero los hermanos Grimm le dan una curiosa vuelta de tuerca y retornan a la madrastra y su espejo mágico. Una vuelta cruel, como la propia vida y el propio destino de la belleza femenina. Blancanieves se casa con el príncipe e invita a la boda a la horrible madrastra. Como en *La Bella y la Bestia*, se convierte en espectáculo obligatorio la felicidad triunfante de la dueña del destino, a quienes trataron de impedirlo. Destronada ya por el espejo, no logra evitar la curiosidad y, «Se decidió a ir a ver a la joven reina».

Con una crueldad similar a la prevista por Madame Le Prince de Beaumont, a la madrastra le espera una tortura, curiosamente practicada por la Inquisición a las mujeres acusadas de libertinaje sexual: unas sandalias de hierro candente, sobre las cuales saltará hasta caer muerta.

Definitivamente, se cumplen en esta historia todas las previsiones descritas, un siglo más tarde, por Freud para explicar las complejas relaciones entre padres e hijos, entre madres e hijas, que han de «asesinarse» simbólicamente, para poder acceder al rol sexual adulto. Tal vez la lectura, completa y sin edulcorantes, para nuestros pequeños, tendría que verse como un modo de anunciar las complejas relaciones con los padres y transformar la culpa que puede acarrear el enfrentamiento con los mismos en un paso «normalizado» de crecimiento y maduración. Evidentemente, sin llegar a la condena de los zapatos de hierro candente, ni a la contratación de un cazador para que arranque los pulmones y el hígado de los hijos. ■

\*Blanca Álvarez es escritora y periodista.